

La prueba del dulce de leche

Juanjo Conti

Edición automática, 2014.

La prueba del dulce de leche lleva la licencia *Creative Commons Attribution - NonCommercial - ShareAlike 3.0 Unported License*. Esto significa que podés compartir esta obra y crear obras derivadas mencionando al autor, pero no hacer un uso comercial de ella.

<http://www.juanjoconti.com.ar/la-prueba>

<http://www.juanjoconti.com.ar/libros>

La prueba del dulce de leche
está dedicado a mi amigos Ale y Juan,
protagonistas de este libro.

Índice

| | |
|---|-----------|
| Bicicleta | 9 |
| El último vuelo | 11 |
| Visita al dentista | 15 |
| Paredón | 19 |
| Juan | 25 |
| El regalo | 29 |
| La caja | 37 |
| La permanente | 39 |
| La prueba del dulce de leche | 43 |
| Pinocho | 47 |

Prólogo

Juanjo Conti nos presenta una nueva selección de relatos que definen su estilo. Todos, escritos durante 2013 y 2014, llevan la marca que distingue la escritura y la creatividad del autor de las de otros. Esa marca es un conjunto inequívoco de características, tales como un tiempo por general impreciso (*Visita al dentista*, *La prueba del dulce de leche*); el uso del presente que sumerge al lector en el desarrollo inmediato de la historia (*Bicicleta*); el uso de la segunda persona que interpela aún más a quien está leyendo y lo hace identificarse con el protagonista y reconocer que sus vicios son sus vicios (*La caja*); la combinación extraña de ciertos adjetivos (*obtusa meditación*, *voracidad congelada*) que describen con eficacia cada situación e incluso, descripciones precisas y exactas que contienen la palabras necesarias para pintar el escenario o los personajes de la historia (*El regalo*, *La permanente*); algunos párrafos plagados de imágenes retóricas y de gran valor poético (el párrafo introductorio de *El último vuelo*); la mezcla de oraciones largas con oraciones cortas que definen un ritmo particular de cómo narrar; las enumeraciones tanto de verbos como de sustantivos que detallan aún más el contexto; y, principalmente, los finales contundentes que, diciendo poco, dicen mucho y abren juego a la imaginación y a misterio.

En síntesis, otra obra que nos hace partícipes del entramado del texto, que nos atrapa y, como siempre, nos sorprende.

L.G.

Bicicleta

Estoy en la calle Belgrano de mi pueblo. Tengo a lo sumo trece años. Pedaleo a toda velocidad. Las piedritas del ripio saltan al ser oprimidas bajo las ruedas a medio inflar de mi bicicleta. Los pedales marcan el palpitar de mi corazón y siento las llantas, la cadena, el piñón, la corona, el cuadro, los rayos, los frenos, cada una de las partes como extensiones de mi cuerpo que muevo, giro, doblo, acelero, tenso con mis pensamientos. Con mis sentimientos.

Doblo en la esquina y lo veo. Sultán. Él también me ve. Emite un sonido, mezcla de gruñido con ladrido. Sé lo que significa en su dialecto: «Maldito cachorro humano de veloz bicicleta».

El perro salta las rejas y empieza a correrme. Yo acelero. Pedaleo con fuerza. Alcanzo la siguiente esquina y, como siempre, Sultán continúa su carrera, certero. Repetimos nuestro juego diario.

Pero, esta vez, pasa algo diferente. Alcanzo la esquina y un camión hace sonar su bocina para que frene, para que me desvíe, para que tuerza mi trayecto y no choquemos. Sé que puedo acelerar en el último segundo y salvarme de las fauces de metal. Lo sé. Pero también sé que Sultán va a seguirme y no va a tener oportunidad de escapar. Entonces, dejo de pedalear,

aminoro la marcha. Y, como siguiendo las reglas del juego, el
can hace lo propio.

Apenas si recuerdo el sonido del impacto.

El último vuelo

La noche era un paño de terciopelo negro en el que alguna polilla espacial había dejado su rastro en forma de pequeños agujeros por los que pasaban rayos de luz. Abajo, en la ciudad, el calor del día había dejado sin aliento a las flores y la caída del sol, unas pocas horas antes, era una tregua que nadie podía rechazar.

Llevado por la curiosidad o por oscuros designios, volé hacia un grupo de humanos que hacían alboroto alrededor de juegos y mesas con comida. Se encontraban en el medio de algún tipo de festejo. En mis sigilosas idas y venidas, alcancé a divisar sándwiches de mortadela cortada gruesa, compoteras repletas de papitas con mayonesa y perejil, cazuelas de salchicha con salsa y un *vitel toné* amarillo desde el que me saludaban algunos compañeros que habían caído presos de su consistencia por volar muy cerca de una mesa.

En el sector de los juegos había diferentes puestos, cada uno administrado por señores de aspecto similar: regordetes, de bigote cano y calvicie tapada por una galera. Uno de los entretenimientos consistía en arrojar un aro de plástico sobre un montón de botellas identificadas con distintos premios e intentar embocar el círculo en el pico de la botella con el premio mayor (un oso de peluche blanco, cuyo color actual, gris,

denotaba que nunca nadie se lo iba a ganar). Otro de los divertimentos desafiaba al jugador a arrojar tres dardos contra una tabla de madera de la que pendían globos. Si un dardo daba en un globo y lo hacía explotar, volaba un pequeño trozo de papel que anunciaba el premio obtenido. Pero ninguno de los puestos me llamó tanto la atención como el último; en este, una pirámide de latas de duraznos al natural hacía equilibrio frente a la figura de un joven desgarrado que meneaba en su mano derecha una pelota hecha de medias. El objetivo: tumbar todas las latas de un solo golpe. El premio: un beso de la hija de quien regenteaba el juego.

Unas treinta personas se habían reunido a ver en qué terminaba la suerte del muchacho. Algunos vitoreaban su nombre y otros, más cautelosos, parados en las inmediaciones, miraban de reojo.

Entonces, tuve una revelación, una epifanía. Yo podía ayudar al joven lanzador en su proeza: flexionar el codo, arquear la cintura, tomar impulso, separar suavemente los dedos, lanzar la pelota en el momento justo, tumbar todas las latas, obtener el beso y enamorar a la doncella. Lo vi todo con una claridad atemorizante. Clases de anatomía humana pasaron frente a mis ojos, carillas con teoremas y fórmulas físicas, tratados sobre acción y reacción, sobre causa y efecto. Vi con claridad dónde y cuándo tenía que picarlo. Un sector del cuello parecía estar indicado por pequeños hombres con banderillas. Era una pista de aterrizaje y yo, un avión de pasajeros. Sin poder resistirme, me lancé a los brazos del destino que vaya uno a saber qué dioses me habían marcado.

Ahora, en retrospectiva, me sorprende haber visto tantas cosas, tantas imágenes en mi pequeña cabeza de mosquito, y no haber visto mi final: luego de que el muchacho hiciera el lanzamiento ganador, fui atrapado en una cárcel de aplausos y no pude evitar volar hacia dos manos sucias de sándwich de mortadela que aplaudían entusiasmadas.

Visita al dentista

Tengo doce años, o trece, o catorce. O tal vez, diez. Estoy en esa sala de espera de dos por uno, paredes blancas casi totalmente cubiertas de diplomas, asientos de cuerina que rechinan y revistero con ejemplares de la década anterior.

Estoy solo, esperando. La sala tiene tres puertas. Una da a la calle y es por donde entré. La otra da al escritorio de la secretaria y la acabo de golpear. La tercera, desde la que viene un sonido agudo y eléctrico, el sonido de una pequeña rueda de piedra girando a muchas revoluciones, un sonido que se enciende y que se apaga a intervalos casi regulares, es la puerta que da al consultorio del dentista.

Ahora se abre la segunda puerta, la de la secretaria. Liliana es joven y tiene rulos negros que siempre aparentan estar húmedos. Me dice que el doctor ya me va a atender, que cuando termine con la paciente que está viendo ahora, sigue conmigo. «Viendo». Un eufemismo.

Tomo una de las revistas y paso, sin mirar, las páginas hasta llegar al final. Hasta las historietas. Hay una de Quino. Leo. Me río, pero no estoy seguro de que haya entendido del todo el chiste. Los chistes de Quino siempre tienen dos niveles. Uno superficial, con el que se puede reír hasta un chico de nueve años y otro, más profundo. Yo me concentro en esa otra parte.

En tratar de entender el lado B del chiste. El lado que para ser comprendido necesita algo más que haber leído lo que dicen los personajes o haber visto el dibujo. A veces, se necesita que el lector haya leído cierto libro, o conozca tal pintura, o haya oído cierta noticia.

Arranco la página con el chiste y me la guardo en el bolsillo de la campera. Estoy dejando la revista en su lugar cuando se abre la tercera puerta. Sale una mujer agarrándose la cara con la mano izquierda. Con la derecha, cierra tras de sí la puerta.

—Siguiente —llaman con la voz de un dios mitológico unos segundos después.

Abro la tercera puerta e ingreso a ese espacio luminoso en donde una multitud de herramientas filosas cuelgan expuestas, expectantes, esperando a ser utilizadas. Sin mediar palabra, me acuesto dócil en el asiento reclinado.

Entonces me asalta un temor, una duda. ¿Me habrá visto el dentista cortar la hoja de la revista?

Busco sus ojos. Los encuentro, penetrantes, ojos de dinamita que me miran detrás del barbijo. No necesito ver las muecas que pueda hacer con la boca. Con los ojos le alcanza para decirme que fue testigo del momento en que le robé la historieta y la guardé en el bolsillo de la campera.

Intento levantarme pero no puedo. Estoy rodeado en su sillón por él en un flanco y por el brazo hidráulico que le sostiene las herramientas en el otro.

Me unta la encía con una especie de gel y luego me apunta con una jeringa el lugar exacto que antes untó. Siento cómo la aguja se clava con fuerza y temo que la punta aparezca del la-

do de adentro de la boca. De la bandeja que sostiene el brazo hidráulico, toma un par de herramientas metálicas que tintinean entre sí y, en mi desesperación, en las notas producidas por el azar, descifro una melodía fúnebre. Ya no tengo dudas. Sabe de mi fechoría y me va a torturar hasta que confiese. Empieza con un gancho que parece un anzuelo de pescador y lo introduce entre dos muelas.

—¿Duele? —me pregunta con sádico placer mientras escarba con el instrumento.

Yo, que no puedo hablar por la anestesia, abro grandes los ojos y emito un sonido gutural para decirle que sí, que me duele.

—Vas a tener que aguantar —me dice sin mirarme como única respuesta. Y con el pie acciona un interruptor que pone en funcionamiento una especie de torno de mano, su herramienta preferida. No puedo verlas, pero imagino que cuando el artefacto entra en contacto con mis dientes, una catarata de chispas saltan en el aire como si mi boca fuera la de un volcán en erupción.

Trato de resistir. Clavo las uñas de las manos en los apoyabrazos de mi asiento y doblo los dedos de los pies tratando de mantenerme en la superficie de la Tierra. Nada es suficiente.

Adivino una sonrisa de placer bajo el barbijo. Esa visión y el sonido de la rueda que gira sin parar rebotando contra mis dientes le ponen fin a mi resistencia. Exhalando, me doy por vencido y confieso.

—Fui yo, yo me robé el chiste de Quino —. Pero las palabras no salen. Apenas un balbuceo que no logra atravesar las capas de saliva, sangre y dolor.

La secretaria Liliana entra al consultorio y me ve tirado, sangrando, a medio camino entre la resistencia y la deshonra. Me doy vergüenza.

Se acerca a donde estoy. Desde mi posición, solo puedo ver sus piernas. Hasta que se agacha y levanta algo del suelo.

—¿Esto es tuyo?

Mi botín. La página con la historieta. A presencia de prueba, la confesión ya no es necesaria.

—¿Te gusta Quino? —me pregunta el dentista, y se baja el barbijo para que le salgan mejor las palabras.

Muerto de vergüenza ante la prueba que me condena, ya vencido, asiento con la cabeza.

—Si querés —me dice—, cuando te vayas, fijate en el revistero. Creo que las revistas que están ahí tienen historietas de ese tipo. Llevate las que quieras. Y vos, Liliana, a ver si renovamos el catálogo, que ahí todavía hay revistas de cuando este era el consultorio de mi padre.

Paredón

Durante la escuela primaria, jugaba mucho al fútbol. Jugaba en los recreos de la escuela, en el club y en una canchita cerca de casa. A esa canchita iba en bici, una bici roja con calcomanías plateadas. La dejaba tirada y corría hasta donde el resto estaba pateando. Éramos siempre seis o siete. La mayoría, de la misma escuela; algunos un año más chicos, otros un año más grandes, y, de vez en cuando, algún que otro desconocido. Por lo general, pensábamos que los desconocidos no iban a la escuela, a ninguna, y eso les daba un aura de renegados, un halo de misterio que provocaba admiración y respeto. Si la pateaban lejos, no les hacíamos buscar la pelota.

La canchita quedaba al lado de la casa del Sapo; era de tierra y tenía arcos que su abuelo había hecho con ramas secas atadas con alambre. Nunca conoció la gramilla. Jugábamos tanto que no le dábamos tiempo al pasto a crecer. Era un manto marrón violáceo con textura de talco. Parecía que jugábamos en una cancha de chocolate «El Quilla».

El Sapo era nuestro mejor delantero. Era zurdo y tenía una pegada que hacía temblar el alambrado que estaba atrás de los arcos. Muchas veces, si pegaba en el palo, hacía que el travesaño se cayera. Teníamos que suspender el partido y arreglar el arco. El resto éramos de regular para abajo. Ninguno iba a

llegar a primera nunca. Sin embargo, el Sapo... sí podría haber llegado.

Una característica que tenía nuestro grupo era que carecía de arquero. A nadie le gustaba tener que encargarse de defender el arco. Seguramente por eso, uno de los juegos más comunes entre nosotros era el «veinticinco». Alguien al azar empezaba en el arco. Cada vez que atajaba un tiro, podía usar la pelota para intentar golpear a uno de los otros jugadores. Si lo conseguía sin que la pelota pique, el jugador golpeado se convertía en el nuevo arquero. La secuencia seguía hasta llegar a los veinticinco puntos en el marcador global, que se acumulaban a través de los goles que íbamos haciendo. Diferentes tipos de goles valían diferente cantidad de puntos. Por ejemplo, un gol normal con el pie valía uno, pero un gol de cabeza, cinco. Cuando se llegaba a los veinticinco puntos, quien estaba en el arco tenía que cumplir una prenda. La clásica era el capotón: la víctima se agachaba, tratando de cubrirse, mientras todos los demás le pegábamos en la espalda.

Una de esas tantas tardes, el Sapo estaba en el arco y el puntaje acumulado era de veinticuatro. En total, éramos seis chicos jugando. Los que no estábamos en el arco, nos acercábamos tocando la pelota y cuando estábamos lo suficientemente cerca, pateábamos con la esperanza de hacer un gol. Inmediatamente después, retrocedíamos a toda velocidad para intentar evitar la embestida del arquero, que nos arrojaba con potencia la pelota.

En un determinado momento, Fitipaldi, uno que era nuevo en la escuela, pasó a tener la pelota. No se animó a patear y me dio un pase muy cerca del área. El Sapo se me vino

arriba y pateé como pude. El Sapo atrapó la pelota en el aire y antes de que pudiera reaccionar, me la lanzó con suavidad sobre el cuerpo. Estaba tan cerca que no pude esquivarla y en el intento, me caí. Ante las carcajadas de todos, tomé mi lugar en el arco con la pelota en la mano. La suma seguía en veinticuatro.

Todos estaban a más de quince metros de distancia. Imposible alcanzarlos. De todas formas, lo intenté. Con fuerza, lancé la pelota con la mano derecha, apuntando vagamente al montón. Se abrieron. Algunos para la derecha, otros para la izquierda, y la pelota pasó picando entre ellos.

En menos de un minuto, luego de otro pase de Fitipaldi, el Sapo pateó al arco de media distancia y me hizo el gol que sumó veinticinco.

—¡Veinticinco, capotón! —gritó uno mientras yo iba tomando la posición adecuada para recibir el castigo.

—No, mejor no. Tengo otra prenda —dijo el Sapo y a continuación, explicó el «paredón»—. El que tiene que cumplir la prenda se para de espalda a nosotros, mirando la pared. Ponemos la pelota a seis pasos largos y uno patea «a fundir» para pegarle en la espalda.

—¡Sí! —vitorearon todos con entusiasmo.

Yo no dije nada; estaba pensando en mis posibilidades. A diferencia del capotón en el que tenía la golpiza asegurada, en esta nueva modalidad tenía la posibilidad de salir ileso. Por supuesto, si me embocaban, el golpe sería más duro.

—¿Y quién patea? —preguntó uno.

—El que metió el último gol —respondió el Sapo.

Me ubiqué sin chistar y me persigné varias veces repitiendo en silencio una jaculatoria. «Que le erre», pensaba para mis adentros.

El sonido pareció uno, pero en realidad fue un repique rápido de tambor: el botín del Sapo en contacto con la pelota de cuero y una fracción de segundo después, el cuero de la pelota contra mi espalda.

—¡Uhhhhhhh! — gritó el coro de espectadores que, en una onomatopeya, expresó lo que yo no pude. Casi tampoco podía respirar. Encorvado y con un brazo levantado pedía clemencia.

Como no quería que me vean llorar, agarré la bicicleta y pedaleando rápido me volví a mi casa. Estaba transpirado y sucio de tierra. Apenas llegué, sin saludar a nadie, me metí en el baño. Me saqué la remera y mirando para atrás, me vi la espalda en el espejo. Tenía un círculo rojo perfectamente delimitado. Mi espalda parecía la bandera de Japón. Ya no me dolía el golpe, pero ahora sentía un ardor en la piel. Me bañé y no hablé con nadie sobre el asunto.

Al otro día, con el dolor y la vergüenza casi olvidados, volví a la canchita. Además de los de siempre, había un chico nuevo. El Crema, me dijeron que se llamaba.

Que hubiera uno nuevo era bueno. Todos nos complotábamos para hacerlo perder. Si no estaba en el arco, hacíamos que se acerque a él mediante falsas promesas de gol y lo traicionábamos a último momento. Cuando ya estaba en el arco, pateábamos de lejos sin importar que tardásemos en sumar. Así pasó esa tarde con el Crema. Cuando entró en el arco, no salió más.

Veintidós.

Veintitrés.

Veinticuatro.

Yo quería hacer el último gol. Y quería que le hagamos «paredón». Quería vengarme. No me importaba que el Crema no haya estado el día anterior. Solo quería darle un *puntinazo* con fuerza a la pelota e incrustársela en la espalda.

Veinticinco.

Otra vez el Sapo, desde muy lejos, metió un zapatazo y cerró el juego.

—¿Qué eligen? —dijo con la pelota bajo el brazo— ¿capotón o paredón?

—¡Paredón! —grité solo. Se ve que a los demás les daba lo mismo.

El Crema, que conocía la prenda, se paró resignado mirando la pared.

El Sapo depositó la pelota en el suelo y como si estuviera por ejecutar un penal, se paró dos metros atrás. Miró al Crema, miró la pelota. Volvió a mirar al Crema y luego volvió a mirar la pelota. Tomó carrera y cuando su pie impactó en el esférico, yo tenía una sonrisa endiablada y me felicité por no estar ahí, de espaldas, esperando el impacto.

La pelota no le dio en la espalda. Le pegó en la cabeza. El Crema se quedó tirado en el piso. Quietos.

Juan

En el año 1993, yo estaba en tercer grado. Faltaba tiempo para que tenga mi primera computadora, pero ya me sentía atraído por esas máquinas blancas y luminosas, mezcla de electrodoméstico con máquina de escribir. Una vez a la semana teníamos clase de computación, tres alumnos por computadora. Uno manejaba el teclado, otro el mouse y el tercero miraba sobre los hombros de los otros dos.

En mi pueblo había dos escuelas. Casi no conocía a los chicos que iban a la otra. Un domingo al mediodía, viendo el noticiero local, conocí a uno de esos desconocidos. Se llamaba Juan. El televisor lo mostraba sentado en una silla de ruedas; tenía los dedos doblados y hablaba con dificultad mientras se babeaba un poco. La entrevista se debía a que algún funcionario provincial le había regalado una computadora. Juan le mostraba a la periodista un juego en el que un pequeño dinosaurio se movía en la pantalla poniendo huevos explosivos. Lo odié. A Juan no parecía importarle ni la silla, ni sus dificultades, ni mi odio. En su cara, bajo un par de lentes grasos, brillaba una enorme sonrisa.

Cinco años después, empecé la secundaria. En mi pueblo, había un solo secundario. El primer día, nos juntaron a los de las dos escuelas, nos mezclaron y nos dividieron en dos

cursos. Cuando me senté por primera vez en mi pupitre, al otro lado del salón, en la primera fila, sobre ruedas cromadas y con una *notebook* del tamaño de mi carpeta, estaba Juan, con la misma sonrisa que había visto por televisión. Para ese entonces, yo ya tenía mi computadora en casa y me sabía unos cuantos trucos, pero una *notebook* todavía era algo raro de ver. Así que fingí amistad para poder usarle la computadora en los recreos.

Una mañana, la profesora de Lengua entró al salón con el semblante muy serio. Las otras profesoras, nos informó, se habían quejado de los muchos «horrores» ortográficos que tenía nuestro curso. Por lo tanto, desde ese día, los primeros veinte minutos de cada clase se iban a dedicar al dictado de palabras que luego ella corregiría.

—Cierren las carpetas, saquen una hoja y escriban —dijo y empezó el dictado sin siquiera darnos tiempo a abuchear el anuncio—: Decisión, azotea, exento, agazapado, alférez, hosco, delgadez, exequias, habichuela, helénico, hinojo, ignífugo, ínfulas, levadizo, licencia.

Luego de cada palabra, la profesora hacía una pausa para que Juan terminara de tipear. Escribía lento, a razón de una palabra por minuto. Apuntaba a cada letra con uno de sus largos dedos y luego dejaba caer todo su peso, cual péndulo humano. Volvía a tomar carrera y repetía el proceso. Luego punto y *enter*.

Cuando terminó el dictado, la profesora pasó por los bancos recogiendo las hojas y señalando los errores más comunes. Cuando llegó a la *notebook* de Juan, adoptando la pose de una madre piadosa, se arrodilló junto a él, dejando su rostro

a la altura de la pantalla. En voz baja, leyó lo que Juan había tipeado. Cuando se incorporó, estaba notoriamente emocionada.

—Ni un error —dijo la profesora, marcando con fuerza la palabra «un»—. Ustedes... —y bamboleó un índice acusador— deberían aprender de él —y con un rápido movimiento de brazo señaló a Juan— que, a pesar de todas sus limitaciones, se esfuerza y estudia todo los días.

En ese momento no pude contenerme más y, con un ruido estridente de sifonazo de soda, se me escapó de entre los dientes parte de la carcajada que venía reteniendo. Para mí, no era ningún secreto que Juan tenía activado el corrector ortográfico.

—¿De qué se ríe, alumno? —me soltó la profesora con enojo, casi incrédula de que me estaba riendo del pobre compañero.

Las palabras se me ahogaban y de los ojos me caían lágrimas. En uno de los relinchos, titánico esfuerzo por dejar de reírme para adentro, lo vi a Juan que desde atrás de la profesora, con un movimiento lento, se llevaba el dedo índice de la mano derecha sobre los labios.

No pude traicionarlo y estoicamente acepté el castigo de ser enviado a la dirección. Desde ese día, Juan y yo somos amigos.

El regalo

Conocí a doña María del Rosario Iturraspe el día en que cumplió sesenta años. Por ese entonces, yo me encontraba cortejando a Buñuelos, su hija menor. Buñuelos aportaba a la relación en empeño y fogosidad lo que a su cuerpo le sobraba en kilos. Fue mi primera novia y yo me había arrojado con mucho entusiasmo al despertar de ese apetito que no era de comida, y la joven Buñuelos lo saciaba en mí con creces.

La mañana en que doña María del Rosario Iturraspe cumplió sesenta años, Buñuelos telefoneó entusiasmada a la residencia de estudiantes donde yo vivía.

—Hoy es el cumpleaños de Madre —dijo—. Y me ha permitido invitarte. Quiere conocerte. A la una en punto. Por favor, no olvides traer un regalo —y cortó.

Yo estaba parado junto al teléfono, descalzo, cubriendo mi desnudez con no más que un calzoncillo color musgo. Tiritando de frío, coloqué el teléfono en su posición de descanso y el casero, dando zancadas, se acercó a cerrar con llave el candado que nos impedía usarlo sin antes darle unas monedas que se gastaba en el bar de la esquina.

—¿Qué hora es, Molina? —le pregunté todavía limpiándome las lagañas de los ojos.

—Faltan cinco minutos para las doce —contestó el desdénado casero mientras se metía una parte de la camisa en el pantalón de jogging y hacía sonar sus pantuflas con suela de goma en dirección a la habitación que ocupaba.

Con la velocidad de los ángeles en diligencias especiales, me lavé la cara con esa agua helada que todavía recuerdo, me vestí con mi mejor ropa, saqué mis ahorros, un puñado de billetes de diez pesos y algunas monedas del escondite (una de las patas de mi cama), y salí a la calle. Caminé una cuadra hasta la esquina donde se cruzan una calle con nombre de general y una con nombre de ermitaño, y allí esperé a ese ingenio mecánico que las personas llaman «colectivo».

Me acomodé entre una multitud de obreros y amas de casa rumbo al centro de la ciudad. Una vez en la plaza de armas, me di cuenta de que no había decidido qué regalarle a doña María del Rosario. Dos opciones se me presentaron como obvias: un libro o dulces. Caminé hasta la chocolatería Dulcinea y pregunté el precio de doscientos cincuenta gramos de trufas. Cien unidades de la moneda de curso legal. Miré dentro de mi billetera y, sumando la reserva para emergencias que tenía en una de mis medias, llegaba a la bravísima cifra de cincuenta y dos. Me retiré dando las muchas gracias a la nada dulce dependiente que me atendió y caminé hacia la librería de libros usados del señor Sopetto.

Sopetto y su hijo siempre me atendían de maravillas cuando los visitaba. Me dejaban quedarme todo el tiempo que quería en su recinto, a pesar de que en contadas ocasiones había «desembolsillado» en su presencia.

—¿Qué podemos hacer por la joven promesa de las letras de esta ciudad y zonas de influencia? —bromeó el señor Soppetto.

—Estoy buscando un libro para regalarle a la mamá de Buñuelos. Hoy es su cumpleaños.

—¿Y qué tenías pensado? ¿Alguna novela romántica? ¿Algún clásico?

—En realidad, pensaba guiarme más bien por la variable económica... —dije mirando el piso.

—Muy bien, jovenzuelo —me contestó con la sonrisa de un demonio—. ¿Cuánto pensabas gastar?

—Bueno... si habría algo de unos treinta pesos...

El señor Soppetto puso cara de duda. De estreñimiento, incluso, si se lo analizaba de cerca. Luego de unos segundos de obtusa meditación, cambió su rostro abriendo grandes los ojos y levantó el dedo índice de la mano derecha en señal de que se le había ocurrido algo. Desapareció tras las bambalinas y, en menos de un minuto, regresó soplando la cubierta de un viejo ejemplar de *Cien años de soledad*.

—La etiqueta dice «cuarenta», pero te lo dejo a treinta a cambio de algunos ejemplares de tu primera novela de éxito, si eso alguna vez ocurre... ¿Trato hecho?

—¡Trato hecho! —respondí con un grito y en un solo movimiento, dejé los billetes sobre el mostrador y tomé el libro para irme.

—¡Un momento, muchacho! —me retuvo el señor Soppetto, de quien nunca supe el nombre de pila, antes de que vuelva a la calle—. ¿No querés que lo envolvamos para regalo?

Con cara de mentecato, deshice mis pasos y volví a entregar el libro.

—¡Antonio! —llamó el hombre—. Vení a envolver un libro mientras yo termino de acomodar las cajas en el depósito.

Como en un truco de magia, el viejo mago pareció desaparecer para reaparecer al instante veinticinco años más joven. Antonio Sopetto, el hijo del librero, era todo lo contrario a mí: fuerte, erguido, de piel caoba y ojos verdes. Siempre pero siempre que salía a escena, había alguna jovencita del colegio de monjas asomada a la vidriera de la librería mirándolo. Por acto reflejo, me di vuelta. Efectivamente, en esta ocasión había dos de ellas que, al ser descubiertas, se fugaron entre risitas púberes.

—Te debe ir muy bien con las señoritas —dejé caer ante ese muchacho que casi nunca hablaba.

—Si... no... bueno, más o menos —balbuceó Antonio—. Hay una... pero nunca viene a la librería. Es de una familia con plata, así que no compra libros usados.

Cuando terminó de hablar, con la serenidad que lo caracterizaba, me entregó el libro envuelto prolijamente y adornado con un moño rojo.

—Gracias —le dije—. Otro día seguimos hablando —y salí de la librería de usados del señor Sopetto, que unos años más tarde sería rebautizada *Sopetto e hijo*, con la sensación de que me podría convertir en amigo de ese muchacho que hasta ese día daba por mudo.

Mi plan original consistía en volver a subirme al ingenio mecánico, pero como había gastado el límite de mi presupuesto para el regalo, decidí caminar las treinta cuerdas que me

separaban de la presentación oficial. Cuarenta minutos más tarde, excedido del horario en el que me habían citado y bastante transpirado, toqué el timbre de la residencia Iturraspe. Abrió mi Buñuelos.

—¡Bernardita! —la saludé gritando y abriendo mis brazos de par en par. Porque, aunque todo el mundo la llamaba Buñuelos y así me refería yo a ella en mis pensamientos, Bernardita nunca me oyó llamarla de ese modo. Me parecía que el mote no era digno de mi condición de primer novio.

Ella sonrió, me abrazó con sus brazos fuertes, peludos, y su belleza de las mujeres del norte, y me hizo pasar.

Ya estaban todos sentados a la mesa.

Doña María del Rosario Iturraspe estaba sentada en la punta. Era grandota y morena. Una copia de Buñuelos, pero con cabello blanco. Me miraba seria con una expresión que me indicó que la comida se estaba enfriando desde hacía varios minutos. Buñuelos me contó en una ocasión que su madre había nacido en Tucumán. Llegó en tren a la ciudad junto a su numerosa familia cuando tenía ocho años y desde muy chica, trabajó en una panadería de un barrio de clase alta. Después de muchos años trabajando al calor del horno y habiendo cumplido veintiún años, debido a su buena presencia, fue promovida a atención al público y allí fue donde conoció al doctor Iturraspe, abogado de alcurnia, cuya familia tenía muchos campos en el interior de la provincia. Se ve que el meticuloso letrado no se pudo resistir a la seducción diaria de ver cómo María del Rosario tomaba las varillas de pan, las partía ante sus ojos y, siempre con una sonrisa, las metía en una bolsa de papel que enrollaba con firmeza.

Aquel joven abogado, que por aquellos años, aún ya habiendo conseguido su título, acataba trémulo el pedido de su madre de hacer los recados, hoy era un anciano en cuya flacura costaba distinguir las arrugas.

El resto de los lugares de la mesa estaban ocupados por María Bohemia, hermana de Buñuelos, su marido, el doctor Orduña, también abogado, pero de poco éxito, y la abuela, un ser diminuto que estaba quieta en un rincón como si de un mueble se tratara.

Alentado por la voracidad congelada de los comensales, me senté rápido en la mesa. Buñuelos me hizo una seña con los ojos y recordé que todavía tenía en las manos el regalo.

—Para usted, doña María —articulé mientras le extendía el paquete tan prolijamente envuelto por Antonio Sopetto y acabado con un moño rojo que parecía el corazón de aquella escena gris, cuerpo marchito casi sin vida.

Doña Iturraspe, que tras las nupcias había abandonado para siempre su apellido de origen, quitó con paciencia monacal los trozos de cinta y deshizo los pliegos de papel hechos menos de una hora antes. En los ojos tenía la ilusión de una niña en Navidad. Quizás, herencia de la niña que fue en su Tucumán de la infancia cuando no abundaban los regalos.

En ese momento me sentí orgulloso de mi decisión. La caja de chocolates hubiese sido un presente fugaz, un obsequio pasajero, que habría desaparecido luego de algunos días. En cambio, un libro, ese libro, sería eterno.

Cuando por fin lo tuvo ante sí, los ojos se le humedecieron.

«Soy un genio», pensé. «Mi regalo no solo le gustó, sino que la conmovió hasta las lágrimas. Seguro de que superé en

creces el regalo costoso de su yerno Orduña». En la cara se me dibujó una sonrisa de payaso de circo que no pude disimular. Era uno más de la familia. Ya podía oír a Doña Iturraspe referirse a mí como a su nuevo «hijo».

Entonces, Doña María del Rosario Iturraspe corrió violentamente su silla de la mesa y se fue corriendo, dejando tras ella un halo de sollozos sonoros.

Buñuelos me miró con seriedad. Y el resto de la mesa le hizo un coro con miradas de desaprobación.

—Madre —me dijo— nunca aprendió a leer.

La caja

Imaginate que sos una vieja. Una vieja de las que barren la vereda, de las que miran por la ventana, de las que solo se preocupan por los vecinos y por su gato.

Imaginate que llega el cartero y toca timbre en la casa de al lado. Toca el timbre y nadie atiende. Espera un minuto y vuelve a tocar. Nada. Corrés a buscar una escoba y salís con aire ausente, salís a barrer la vereda, a volver a barrer la vereda que ya brilla, porque es la quinta vez que la barren en el día.

—Hola, señor cartero, ¿qué tal?

—...

—¿La vecina?

—...

—Sí, la conozco.

—...

—No, digo... qué raro que no esté.

—...

—Yo puedo recibirle la caja.

—...

—No, de nada.

Imaginate que te pide firmar una planilla y te entrega una caja de cartón. Imaginate que volvés a entrar en tu casa con la caja bajo el brazo y la dejás arriba de la mesa, sobre la

carpetita tejida al crochet, justo al lado del jarrón con flores. Y la mirás...

Imaginate que mirás la caja. No podés dejar de mirarla. Te preguntás qué habrá adentro, qué le habrán enviado.

Imaginátelo. Imaginátelo bien.

Entonces, se te ocurre abrir la caja. Imaginate que sos esa vieja y se te ocurre abrir la caja. Solo una miradita. Para asegurarse. ¿Para asegurarse qué? Para asegurarse.

Imaginate que con la punta de las uñas empezás a rasgar las cintas. Despacio al principio. Cuando lográs agarrar la punta de una cinta entre dos dedos, pegás un tirón. Y otro, y otro, y otro. Ahora la caja está lista para ser abierta. Casi, casi que se abre sola, como una flor en primavera.

Imaginate que te ponés de pie para ver mejor adentro. Entre nerviosa y emocionada, te asomás a su oscuridad interior. Seguí asomándote y mirá. Mirá adentro. Mirame bien.

La permanente

Esta historia no la presencié. Me la contó Buñuelos y ocurrió unos meses antes de que nos conociéramos.

Ese día era el cumpleaños de su abuela y la anciana se había levantado muy temprano para salir de la casa, buscar un taxi, llegar al centro, bajar en la esquina indicada, caminar por la peatonal, entrar en la peluquería, anunciarse para tomar su turno, sentarse en el sillón de cuero y entregarse a las manos de Pierre. Realizaba el mismo ritual todos los años.

Una vez que estuvo con la permanente lista y con sus rizos color crema petrificados por la abundante dosis del aerosol que su estilista le había proporcionado, caminó hacia la misma esquina, se paró en la mano opuesta y extendió el brazo para subirse al primer taxi que parara. Dos horas y treintiocho minutos después de su salida, estaba de regreso. Y recién eran las diez de la mañana.

Encontró a su hija, María del Rosario Iturraspe, despuntando un vicio de antaño. La morruda mujer amasaba, lanzaba por los aires, aplastaba y volvía a amasar un bollo de harina y agua que unas iteraciones más tarde se convirtió en una pizza. A esa, la siguieron tres más.

Con las bandejas ya en el horno y una salsa roja como pintura humeando en una olla, María del Rosario se concedió

cinco minutos de descanso para apreciar cómo había quedado su madre.

—¿Y los rulos? —le preguntó.

—No me los hice poner. Pierre estaba apurado y le dije que no hacía falta.

—Pero te va a quedar todo mal... —le replicó con dramatismo en la voz— Todo.

La abuela levantó los hombros para restarle importancia al acontecimiento y caminó hacia la habitación que ocupaba. No salió de allí hasta la hora de la cena.

Cuando el gran reloj de madera de caoba y apliques de bronce dio las veinte, la abuela salió de su habitación. Vestía una blusa negra con pequeñas flores estampadas y una pollera al tono. Y los rulos seguían en su lugar sin que ningún rulo los apuntalara.

Toda la familia estaba sentada alrededor de la mesa. El estreñido Orduña estiraba el pescuezo, a la vez que extendía el brazo que sostenía un plato blanco de porcelana con un bordado de pintura azul en la periferia.

—Primero la cumpleaños —dijo María del Rosario. Y el invitado se tuvo que quedar con el plato suspendido en el aire y aguantarse que todos recibieran su porción antes que él.

Sí, se le sirvió en último lugar, y una porción tomada de una las esquinas de aquellas imponentes pizzas.

Cuando todos habían comido ya tres porciones, y Orduña cuatro, María Bohemia le pidió a su marido que vaya a traer su nuevo juguete.

Orduña, que estaba apuntando con la nariz a una quinta porción, se levantó de la mesa y, arrastrando sus zapatos de

carpincho por la sala, buscó algo en el bolsillo de su sacón, que pendía de un perchero tras la puerta.

—Es una máquina para hacer retratos —anunció María Bohemia con una sonrisa que mostraba admiración hacia su marido y deslumbramiento por los avances de la ciencia—. Enfocás, apretás el botón y, luego de unos segundos, la foto sale por aquí abajo.

María Bohemia sacudió velozmente el pequeño cuadrado de celulosa para que, una vez seco, la familia pueda admirar la sonrisa de marmota de su marido, que estaba adornada con diminutos puntos negros que se esforzaban por formar un bigote y que mostraban unos dientes de marfil más amarillos que blancos.

—¡Es maravilloso! —gritó su madre—. ¡Vamos a poder hacer tarjetas para regalar en Navidad!

—Para Navidad falta mucho —intervino la abuela—. A mí me gustaría una foto para mi tumba.

Todos se callaron. Una mosca bailó de plato en plato, dio una vuelta alrededor del apagado rostro del marido de María del Rosario y finalmente se zambulló en la copa de Orduña. Por unos segundos, eso fue lo único que se oyó.

—Mamá... ¿por qué decís esas cosas?

—Porque ya estoy grande, y quiero una foto linda para la tumba —. La anciana parecía resuelta en su posición.

—Mamá... otro día podemos ir a una casa de retratos... —la intentaba convencer María del Rosario sin éxito alguno.

—No. Joven, traiga para acá ese aparato.

Y la abuela se sentó en un sillón de pana ubicado en un rincón de la casa con decenas de ladrillos vistos como escenario.

Orduña, entre la improvisación y la indiferencia, tomó el aparato, enfocó y apretó el botón. Lo hizo tres veces. Cuando las fotografías estuvieron listas, se las mostró a la abuela.

—¡Es esta! ¡Es esta! —gritó la mujer cuando se vio retratada con tanta verosimilitud.

Como un niño que corre hasta los brazos de su mamá para enseñarle un dibujo, así corrió la abuela hasta doña María del Rosario, quien, sin quitar del rostro su expresión severa, se quedó un rato largo mirando la foto, con las cejas fruncidas y una expresión de desaprobación.

—No —dijo finalmente—. No te voy a poner esta foto.

No se volvió a hablar del tema.

La prueba del dulce de leche

Era otoño de 2003 o 2004. Estábamos en la cocina del departamento estudiando Análisis Matemático 1 cuando Ale propuso hacer un corte. Levantamos los apuntes y pusimos un mantel rojo a cuadros. De la heladera, sacamos manteca y un tarro de dulce de leche. Yo puse la pava para preparar café y le dije a uno de los otros que busque el pan en la bolsa de tela que colgaba de la pared.

Los otros eran el Chapa, el Chami y Dimitri. Ellos y Ale estudiaban Ingeniería Industrial. Yo estudiaba Ingeniería en Sistemas, pero preparábamos algunas materias en común. El Chapa debía su apodo a la imposibilidad que tenía el resto de los habitantes del mundo universitario, alumnos, docentes y no docentes, de pronunciar su apellido: Schlappbach. En cuanto al Chami, no recuerdo bien si ese era su apodo; pero a falta de uno mejor, voy a usar ese en este relato. El único recuerdo que tengo de él son sus brazos peludos. Un par de ramas con frondosa vegetación. Pelos negros y duros. Era como si tuviera cejas en los brazos.

Algo parecido me pasa con Dimitri. No estoy seguro de cuál era su nombre. Recuerdo sí, que era uno imponente, con fuerza, un nombre que no era común en personas de nuestra edad. Bien podría haberse llamado Tritón o algo por el estilo.

No lo recuerdo. Solo que tenía una melena de rulos que le llegaban a la mitad de la espalda.

Repasemos, entonces, los personajes de la historia: Ale y yo, que compartíamos un departamento de estudiantes; alguien con un apellido raro, alguien con brazos peludos y alguien con rulos que le cubrían parte de la espalda. Ale, el Chapa, el Chami, Dimitri y yo, luego de haber estado haciendo ejercicios de derivadas e integrales por unas tres horas, decidimos hacer un corte para merendar. Los cuchillos sobrevolaban el mantel como pequeños aeroplanos bimotores y todos hablábamos a la vez.

—Pasame el cuchillo.

—No, ese no, el de untar.

—Alcanzame la manteca.

—Cortame una rodaja.

—Dulce de leche, por favor.

—¿Toman con leche el café?

—Yo, sin nada, ni azúcar.

En un momento dado, solo se oían trabajar los maxilares. La armoniosa melodía fue interrumpida por un anuncio:

—Voy al baño —dijo el Chami.

Unos minutos más tarde, lo volvimos a oír.

Su voz era como de ultratumba porque venía del baño, escalaba la puerta entreabierta, atravesaba el pasillo, doblaba hacia la cocina y nos llegaba ya bastante amortiguada:

—¡No hay papel!

Ale, sin dejar de atender al pan con manteca y dulce de leche que estaba preparando, le contestó en forma automática:

—Usá el *bidet*.

El Chami hizo como que no oía y volvió a pedir:

—¡Tráiganme papel, que se terminó!

Entonces, yo, que conocía esa sensación de impotencia, ese estar parado con las piernas tan separadas como lo permite el pantalón, las rodillas algo flexionadas, sosteniendo la levedad del ser con una mano en el picaporte del lado de adentro, yo, que había estado ahí, me levanté y le busqué un rollo.

Cuando el Chami volvió a la mesa, había cierto desconcierto en sus ojos. Interrogación.

—¿Vos usás *bidet*, Ale?

—Sí, es lo mejor que hay. Mucho más higiénico que andar limpiándose con un pedazo de papel.

—Pero... pero... el *bidet*... lo usan las minas... —balbuceó.

—Yo no soy mina y lo uso —contestó Ale, serio.

Parecía que la diferencia estaba saldada, pero el Chami seguía incrédulo.

Se planteó entonces ahí, en el medio de la cocina, con las rodajas de pan untadas como mudos testigos, una batalla intelectual. Había dos escuelas. La escuela del papel higiénico y la escuela del *bidet*. El Chami y Ale empezaron a discutir, dando cada uno sus argumentos. Gritaban, gesticulaban.

Que el chorro limpia mejor, decía uno.

Que el chorro limpia de más, replicaba el otro.

Que el papel raspa, decía uno.

Porque el papel que usás vos es berreta, decía el otro.

Cuando intentaron hacernos partícipes, el Chapa, Dimitri y yo, miramos para otro lado y no nos dimos por aludidos. No teníamos una posición tan firme en la materia.

Los dos oponentes seguían exponiendo sus argumentos y en un momento, dejaron de presentar ideas probadas para ponerse a teorizar sobre el asunto.

Que la cantidad de papel gastado y la ecología.

Que los litros de agua desperdiciados y el papel reciclado.

Que el calentamiento global.

Que la extinción del pez rana.

El café que quedaba en las tazas ya se había enfriado y parecía que el enfrentamiento no tenía fin. Pero algo pasó.

De repente, sorprendiéndonos a todos con una jugada definitiva, Ale tomó un cuchillo y untó con dulce de leche el brazo del Chami, arrancó una hoja de su cuaderno y gritó:

—¡Tomá, dale, sacate el dulce de leche con este papel!

Pinocho

Soy un niño de madera. Mi papá es un italiano viejo y rezongón que habla con hadas cuando se va de copas. Yo nací de una de esas charlas nocturnas, por lo que podríamos decir que soy mitad hada y mitad humano. Eso sería genial. Podría volar, tendría poderes... Pero no, lo único que tengo es un grillo afeminado que viste como si estuviese en una corte inglesa y que está parado todo el día sobre mi hombro jugando a ser mi conciencia. Trato de no escucharlo.

Estoy hecho de madera de pino, *pino elliotis*. Por eso me llaman Pinocho e intento comportarme como un niño normal. A veces, no me sale.

